

poetas o a los filósofos, tuvo que llenar de una embarazosa confusión el espíritu del hombre clásico. Al parecer, todavía no hemos salido de ella, como se verá a continuación.

La Edad de Oro precolombina

Esta misma contradicción reaparece en los primeros pasos del hombre occidental en la certidumbre americana. Por un lado, América se ofrecía como la tierra donde sobrevivía la Edad de Oro perdida en Europa; pero, por otro, la ambición de los nuevos *argonautas* se multiplicaba ante cada signo inequívoco del *vellocino de oro* acaparado en las tierras de ese mundo recién descubierto.

No es extraño que la empresa de Cristóbal Colón y la de los conquistadores que lo suceden estuviera marcada por esa misma ambigüedad. Si las consideraciones eruditas recogidas en los indicios y *presentimientos* de la literatura clásica y medieval sobre la existencia de territorios legendarios los guiaban en la aventura a la busca de la Tierra Prometida, Jauja, la Fuente de Juvencia y el Paraíso que creyó haber encontrado Colón en la desembocadura del río Orinoco, América promete simultáneamente el oro con el cual se compra el poder. La Edad de Oro no puede ser disociada de El Dorado. Uno y otro no hacen sino reflejar las diferentes actitudes con que el hombre occidental enfrenta la realidad del Nuevo Mundo.

Cada uno ve o *crea* ver lo que *quiere* ver.

Para unos, los signos de la supervivencia americana de la Edad de Oro se multiplican. Los indios de las Antillas donde desembarca Colón apenas trabajan, hacen sus cosechas en común y encuentran todo lo que necesitan en el propio lugar en que viven. En los mitos y leyendas precolombinos que recogen misioneros y cronistas también aparecen las referencias sobre la época en que la humanidad vivía una «edad bienaventurada», era en que «no tenían precio los víveres, nuestro sustento», como recitan los cantos náhuatl sobre los tiempos de los antiguos héroes toltecas.

Y esos toltecas eran muy ricos, muy felices, nunca tenían pobreza o tristeza. Nada faltaba en sus casas, nunca había hambre entre ellos.³³

El franciscano Fray Bernardino de Sahagún en *Historia de las cosas de la Nueva España* recoge la versión tolteca sobre esa edad en que abundaban extraordinariamente los frutos y metales y en que todos «estaban muy ricos y no les faltaba cosa alguna, ni había hambre».³⁴

Probablemente influido por las referencias europeas a la Edad de Oro clásica greco-romana, el Inca Garcilaso en los *Comentarios reales* da igualmente una imagen del antiguo Perú como un mundo idílico perdido por la conquista. Los indios también vivían en la nostalgia de la paz y la igualdad de la era dorada destruida por la Edad de Hierro que trajeron los españoles, según testimonia Felipe Huamán Poma de Ayala en *Nueva crónica y buen gobierno*.

³³ Roberto Godoy y Angel Olmo en *Textos de Cronistas de Indias y poemas precolombinos* (Editora Nacional, Madrid, 1979) recogen algunos de los cantos náhuatl que recopilara Manuel León Portilla.

³⁴ Fray Bernardino de Sahagún, *Historia de las cosas de la Nueva España* (Editorial Porrúa, México, 1979); Libro III, cap. 3.

Pedro Mártir en sus *Décadas del Orbe Novo* hace admiradas referencias al uso que los aztecas hacían del cacao como moneda para adquirir cosas y exclama que esa era «una moneda feliz», porque no puede guardarse como el oro y porque se utiliza simultáneamente para preparar bebidas:

Oh, feliz moneda, que proporciona al linaje humano tan deliciosa y útil poción y mantiene a sus poseedores libres de la infernal peste de la avaricia, ya que no se te puede enterrar ni conservar mucho tiempo.³⁵

Estas afirmaciones no deben extrañar, porque en el momento de la conquista de América sigue primando en España la mentalidad medieval de la teología escolástica que predicaba contra el dinero y el préstamo a interés y tenía un ostensible desdén por el comercio que era ocupación de ligures, lombardos, flamencos, *ginoveses* y judíos. No es exagerado decir —como hace Mariano Picón Salas— que «el español ama más la aventura de buscar la riqueza que la especulación económica» y que «la economía del conquistador es una economía de aventura, poco organizativa y de simple predación»,³⁶ a la que no es ajena una secreta *mala conciencia*.

En el febril rastreo de El Dorado en los siglos XVI y XVII se repite el esquema. Expediciones como las de Jiménez de Quesada, Gonzalo Pizarro o la más conocida de Lope de Aguirre terminan en la sublimación del despropósito inicial a través del choque con una dura realidad. Es como si el oro mismo se hubiera metamorfoseado. No se trata únicamente de su valor material, tal como podría ser evaluado hoy en día, lo que está en juego, sino el símbolo en que ese oro se va encarnando a medida que el viaje progresa. El oro es una meta y no un objeto cuantificable.

América, entre el botín y el prodigio

Es bueno recordar que el mismo *vellocino de oro* había constituido un ejemplo de metal transformado por la propia empresa que lo buscaba. Para Jasón y los Argonautas, el valioso metal que los llevó a cruzar el límite del Ponto Euxino se transforma en el trofeo que corona un esfuerzo y en el símbolo del premio que reciben por haberse aventurado en lo desconocido.

Más claramente, la metamorfosis del oro se opera en la búsqueda del cáliz del Santo Grial que la tradición medieval cristiana recoge de una leyenda germánica. Del valor material de la joya que buscan los sucesivos Caballeros que encarnan literariamente la empresa, se va pasando al símbolo milagroso en cuyo contenido el hombre cree encontrar la inmortalidad. En la versión más conocida de las aventuras de Perceval, en *El cuento del Grial* de Chrétien de Troyes, los obstáculos que deben irse franqueando —la tierra yerma (*Gasta foret*), el río infernal, el jardín del Edén (país de Galvoie)— consti-

³⁵ «Me parece que nuestros isleños de La Española viviendo en la edad de oro, desnudos, sin pesos ni medidas, sin el mortífero dinero, sin leyes, sin jueces calumniosos, sin libros, viven sin solicitud acerca del porvenir», añade Pedro Mártir de Anglería (*Décadas del Orbe Novo*, José Porrúa, México, 1965; *Década I, Libro III, capítulo VIII*) recordando los tiempos en que los mortales no andaban con «el dame y el no te doy». Los indios americanos no andan entre ellos con «el mío y el tuyo».

³⁶ Mariano Picón Salas. *De la conquista a la independencia*. Fondo Cultura Económica, México, 1967: p. 59.

tuyen no sólo las sucesivas pruebas iniciáticas del valor personal del Caballero, sino esradios de la transformación de la esencia de ese cáliz de oro. Sin esa meta *dorada* el viaje carece de objeto.

En los proyectos de la conquista americana se espera el mismo resultado: la expectativa del *botín* justifica el riesgo y parece darle razón a la pura maravilla del descubrimiento. Los reinos de oro de la antigüedad clásica reaparecen en América bajo otros nombres. El reino bíblico de Ophir, del cual se habla en *El Libro de los Reyes* y adonde Salomón mandaba sus naves para buscar oro, es el territorio que cree haber descubierto el navegante portugués Alburquerque cuando habla del «Reino de Monomotapa». Al valor crematístico del oro como metal, se suma la ambición de la conquista de un territorio representado en la imaginación como una suerte de paraíso pagano donde se mantiene fijada, desde tiempo inmemorial, una «edad feliz».

Es inútil escamotear el doble sentido que tiene el oro en la conquista de América. En la perspectiva de la síntesis de una ambición que va más allá de la simple cotización bancaria del metal a que ha sido limitada la conquista por una visión economicista y reductora de la historia, deben leerse las Crónicas de Indias de las expediciones que siguen los indicios de las leyendas sobre tesoros y ciudades doradas, llámense El Dorado, la Ciudad de los Césares, el Paititi, el Cerro de Plata o el Tesoro del Rey Blanco. Es lo que Ernst Bloch llama las «utopías geográficas» en *El principio esperanza*, esa «mezcla ambigua de la búsqueda del Oro como metal y la Edad de Oro como paraíso perdido». En nombre de esas utopías geográficas se organizan las expediciones, «al final de las cuales se encuentran a la vez el botín y el prodigio».³⁷

El oro botín y el oro prodigio son el motor de las empresas más descabelladas, gracias a las cuales se acelera el proceso de descubrimiento y conquista de los territorios más aislados de América. El *Pirú* del que oyen hablar Pizarro y Almagro, la sierra de Meta en Guyana, el lago de Parimé, sirven de pretexto a expediciones al cabo de las cuales puede descubrirse un imperio, como sucede con el inca por parte de Pizarro, pero también abrirse el camino al delirio megalómano de Lope de Aguirre en la selva amazónica o a los fantasiosos decretos por los cuales se nombra a Pedro de Orsúa como Gobernador y Capitán General de El Dorado.

Pero como una curiosa burla del destino, cuando en 1527 los españoles oyen hablar por primera vez de la leyenda indígena sobre «el hombre Dorado», la historia precolombina americana ya ha borrado sus rastros. En efecto, cuando los españoles llegan a Vélez en Nueva Granada (Colombia), los indios guatavitas —que al parecer introducían a sus caciques en una ceremonia en el centro de una laguna montañosa a la que arrojaban objetos de oro y bañaban a su jefe cubierto de pies a cabeza con polvo de oro— ya han sido exterminados por los indios muysca de Bogotá. El reino de El Dorado ya es *pasado* cuando ingresa en la historia del imaginario colectivo hispánico. Es un paraíso que está perdido antes de haber sido encontrado.

El conquistador ha llegado *también* tarde a América y no puede creerlo y menos aún aceptarlo. De ahí que el mito reaparezca como un fantasma errante en los territorios

³⁷ Texto de Ernst Bloch citado en la nota 1.

más diversos reactualizado con nombres diferentes, pero evocadores siempre del mismo anhelo de llegar a arrebatarse el trofeo escamoteado detrás de las leyendas reiteradas, cuando no de las mentiras de los indígenas que deliberadamente desorientan al hombre blanco. De ahí también esa multiplicación alocada de expediciones, no sólo españolas, sino alemanas, como las de Ambrosio Delfinger y Bartolomé Seyler, inglesas como la de sir Walter Raleigh, los informes diplomáticos de cancillerías de países europeos como Francia y Holanda y los conflictos fronterizos en los territorios que unos y otros ocupan en nombre del ubicuo reino del oro. La tradición histórica se nutre de la fábula geográfica, de las leyendas indígenas y de los viejos mitos europeos. Todos ellos conforman esa mezcla ambigua definida por Bloch: el oro botín, y el oro prodigio; el metal y la Edad de Oro perdida; lo real y lo ideal siempre confundidos.

Nada más acertado que estas palabras para definir el signo del descubrimiento y la conquista de América: el doble *espacio* en que se expresa el oro mítico, El Dorado y la Edad de Oro que superviven en la Tierra Prometida. Un dualismo que ha marcado con sus contradicciones los casi quinientos años de historia del continente y que hoy nos permite entender mejor el sentido de la profecía de Séneca en *Medea*: el simultáneo lamento por la pérdida irremediable de la felicidad y el alborozado anuncio de nuevos orbes, tristeza y alegría que marcan indisolublemente el destino de una región que todavía no ha resuelto cuál de las facetas del mito áureo la definen mejor a sí misma y frente a los demás.

Fernando Aínsa

